

UNA NOCHE MAGICA

La hoguera se elevaba alta en el cielo. Sus destellos se reflejaban en la luna. A su alrededor diminutas hadas bailaban al compás de los tambores. Eran las salamandras, las hadas del fuego. Su largo cabello rojo y negro como el carbón les llegaba hasta la cintura, tapando el nacimiento de sus preciosas alas. Sus ojos negros destellaban como el fuego en su pálida piel y unos afilados colmillos sobresalían de su diminuta boca. Cantaban a su diosa Swilma, la diosa del fuego. Todos los meses lo hacían para que les diese suerte. Los indios les prestaban su aldea esas noches; les encantaba observarlas. Era un espectáculo fascinante. Pero esa noche era diferente. Por una vez en la historia, una niña no india veía la danza de las salamandras.

- Son preciosas – murmuró Nerea sin dejar de mirarlas, estaba hipnotizada.

- Ahora vendrá la jefa y ofrecerá su regalo – le comunicó su amiga Links.

De las sombras salió una salamandra de aspecto envejecido. Tenía una especie de corona que le tapaba parte de la cara. Fue al interior de la hoguera y desapareció entre las llamas. Al cabo de un rato ascendió y de sus manos brotaron dos anillos de oro y rubíes unidos entre sí.

- Idewxe nebukjia isi iep e duea buwarn oie cis. – cantó elevando las manos con los dos anillos dentro.

- Ha dicho: “Os ofrecemos estos anillos de oro y fuego unidos como muestra de nuestra devoción por vos y nuestra unión con el elemento”. – informó a Nerea.

- ¿Cómo lo sabes? – preguntó a su amiga Links

- Ahora viene el enviado de la diosa, no digas nada – Nerea se mordió la lengua y esperó a que ocurriese algo. Al cabo de un rato se pudo apreciar en las alturas un destello rojo que se iba haciendo cada vez más grande. Fue acercándose cada vez más hasta que se pudo distinguir la silueta de un pájaro.

- ¡Un fénix! - exclamó Nerea impresionada. El ave mitológica estaba suspendida en el aire al lado de la hoguera. Sus intensas plumas rojas brillaban como el sol, su cuerpo entero parecía puro fuego - Se acercó a la salamandra y cogió con sus afiladas garras los dos anillos, inclinó la cabeza a muestra de respeto y levantó el vuelo.

- ¡¡¡No!!! – gritó una voz ronca salida de la nada. El fénix inclinó la cabeza para ver qué había pasado, las salamandras se habían colocado en posición de ataque, los indios se habían desmayado y Nerea se había quedado de piedra, no se podía mover. Todo fue muy rápido, una sombra se lanzó sobre el fénix. Éste, pillado por sorpresa cayó al suelo por el peso. Las salamandras volaron hacia él, pero se detuvieron al ver lo que lo había derribado. Una masa azulada cubría su cuerpo y parecía que estuviese buscando algo, lo encontró y lanzó un grito de emoción. Se irguió tapando la luz de la hoguera y la de la luna, giró la cabeza y escrutó los helechos, justo donde estaba Nerea.

Ella quería salir corriendo, pero su cuerpo no le respondía, sólo podía contemplar aquella extraña criatura que irradiaba maldad. Sus ojos azules se encontraron con los blancos sin pupilas de la criatura. A Nerea se le heló la sangre, sintió como si estuviese intentando decirle algo. Entonces, tan misteriosamente como había aparecido, la criatura se esfumó. Al volver a sentir la luz del fuego Nerea pudo reaccionar y lentamente se acercó al fénix. Estaba tendido en el suelo, sus ojos cerrados y sus plumas habían perdido su intenso color rojizo: ahora parecían piedras.

- ¿Está muerto? – preguntó temerosa de que fuese eso lo que le pasaba.

Se acercó aún más hasta ver cómo su pecho aún se movía. Con cierto alivio lo cogió e intentó darle calor con su cuerpo, el pobre animal estaba helado. Fue acariciándolo lentamente, sintiendo el suave tacto de sus plumas bajo los dedos. Se calmó y miró alrededor buscando ayuda. Los indios seguían inertes tendidos en el suelo, parecían muertos, pero Nerea sabía que no lo estaban. Entonces se acordó de las salamandras, ¿dónde se habían metido? Las buscó con la mirada. Las encontró metidas en las tiendas de los indios mirando con nerviosismo a través de las puertas.

- ¡Venid, rápido, hay que ayudarlo antes de que muera, le queda poca vida!, - les dijo. Pero entonces una pregunta cruzó su mente ¿hablaban su idioma? Antes les había oído hablar otra lengua...- ¿habláis mi idioma?

- Sólo yo - oyó una voz que la contestaba. Era aterciopelada y suave, tranquilizadora y relajante. De una tienda cercana salió una salamandra que parecía muy joven. El pelo le caía por la espalda, era más rojo que negro y parecía sedoso y suave. Vestía un traje muy parecido a las demás; un mini traje hecho con una especie de tela que simulaba las hojas rojizas del otoño. Se le acercó – Tienes que llevar al enviado al fuego, así recobrará fuerzas y se calentará, luego nosotras le curaremos.- Nerea asintió, se levantó y con cuidado de no quemarse depositó el ave en el interior de la hoguera, que ya estaba más débil que antes. Nada

más dejarlo se sentó y esperó a que se recuperara. La misma salamandra se acercó y se sentó junto a ella.

- ¿Qué era esa cosa?- preguntó Nerea sin rodeos ni presentaciones.

- Era... No sé si debo decírtelo.- parecía asustada y nerviosa.

- ¿Por qué? - Tengo derecho a saberlo. Esa cosa sabía que estaba escondida y que le estaba observando, lo he visto en su fría mirada. La salamandra dio un grito ahogado y la miró con ojos desorbitados.

- ¿¡Qué has mantenido contacto visual con ese ser!? ¿Cómo has sido capaz? ¡Oh no! Ahora te espera una aventura sin retorno, te lo aseguro. – Miró hacia los lados nerviosa – tengo que llamar a la Madre Morada. Espérame aquí.- le hizo un gesto y desapareció en las tinieblas. Al cabo de un rato vio acercarse a la salamandra de antes junto con otra. La acompañante era la que había ofrecido los anillos.

- Esta es la Madre Morada. – La madre inclinó la cabeza a modo de saludo, lo mismo hizo Nerea, que enseguida entendió porqué se llamaba así; su pelo era de un morado intenso con mechas negras de una gran belleza y sobre su cabeza llevaba esa especie de corona que le tapaba los ojos. Levantó la mano y empezó a hablar en ese extraño lenguaje que parecía música.

- Te bendice y te da fuerzas para que te ayude en tu viaje de la vida – le indicó la salamandra que podía hablar su idioma. – Es un modo de saludo.

- Nerea la miró fijamente intentando poder descifrar esa lengua tan extraña que conocía de antes no sabía de qué.

- Ha dicho que lo primero que debes saber es que nosotras hablamos el lenguaje del fuego, que todo el mundo debería saber, pero que desgraciadamente no es así.

- ¿Por qué? – preguntó Nerea.

- Porque en los tiempos antiguos todo el mundo hablaba cinco o más lenguas; el lenguaje de los cuatro elementos, tierra, aire, agua y fuego y el suyo propio. Pero con el paso del tiempo al olvidarse de los poderes de la magia, los hombres también se olvidaron del lenguaje de los elementos, haciendo más difícil la existencia de seres como nosotras. Como debes saber, hay más criaturas mágicas por todo el mundo; sífides, sirenas, gnomos, centauros, dragones... y muchas más que ahora mismo no voy a nombrar. Todas nosotras necesitamos de la magia para poder ser fuertes, de la magia y de nuestro elemento. Pero, por culpa de los hombres, la magia desaparece poco a poco, haciéndonos más vulnerables. Por tanto, nosotras pedimos a nuestra diosa que nos ayude y hacemos todo lo que podemos para evitar que se extinga por completo. El problema está en que muchos seres quieren conseguir

cosas en su provecho, a cualquier precio. Normalmente suelen ser seres que han sido expulsados de su grupo y quieren venganza, pero también hay veces que son tribus enteras, que se corrompen por maldad y poder y con su ceguera por el odio acaban transformándose en seres horribles, a los que vosotros, los humanos, llamáis vulgarmente demonios. Nerea había estado escuchando con mucha atención, pero seguía teniendo muchas preguntas.

- Entonces...¿Quieres decir que esa cosa era un...?

- Un demonio, sí. Antaño había sido un genio del hielo, pero ahora has visto lo que es.- suspiró. Al oír esas palabras un escalofrío recorrió la espina dorsal de Nerea.

- ¿Te acuerdas de todo lo que ha sucedido cuando ha venido el demonio? – Nerea asintió. – Se abalanzó contra el fénix lo hirió, dejó inconsciente a los indios, me miró y cogió los anillos y se fue.

- Son algo más que dos simples anillos. Son de nuestro elemento, y tienen magia

- Para que nuestra diosa nos ayude a que poseamos más magia tenemos que darle un poco de ella. Siempre ha sido así. Pero ahora esa magia, nuestra magia, la tiene ese demonio. Y hay que ir a buscarla.

- Debes saber que existen unas reglas que todos tienen que cumplir. Cuando se roba magia, el que la ha robado tiene que dar la oportunidad al que él quiera para que vaya a recuperarlo. Y al mirarte directamente significa.... que tú eres la elegida por él para recuperarlo.- Concluyó.

- ¿Qué yo qué? – Preguntó Nerea. No se lo podía creer. Eso es imposible.

Se hizo el silencio absoluto, roto solamente por el crepitar de las llamas. La Madre habló.

- No irás sola – declaró la salamandra traduciendo sus palabras – Irás con... ¿conmigo? Sus ojos estaban desorbitados, y se dirigía a la madre suplicando en su idioma. Por fin dejaron de discutir. La salamandra se dirigió a Nerea.

- La decisión de la Madre Morada es que partirás esta misma noche acompañada por mí. Dice que necesitarás un guía y traductor, y que la única que sirve soy yo. Así que vamos allá.- Suspiró y se levantó.- Ponte en marcha, el lugar está cerca y tenemos que llegar antes de que salga el sol. Si no... habremos llegado tarde.

- ¡Esperad un momento!- Dijo una voz melodiosa que les llamaba. Oyeron un crujido y un chisporroteo. Y de las llamas emergió el fénix, elevándose en el aire iluminando la oscuridad. Sus plumas ya volvían a ser tan o más brillantes que cuando Nerea le vio por primera vez. Ella al verle sintió que sus temores se esfumaban y que en su lugar aparecían calma y tranquilidad guiadas por esa luz que irradiaba el fénix.

- ¡Esperad un momento! – repitió por segunda vez. Se acercó a ellas, hizo una inclinación y se dirigió a la Madre para decirle algo. Hablaban en el lenguaje del fuego.

- ¿Qué pasa? – le preguntó Nerea preocupada.

- Hemos llegado a la conclusión de que yo os acompañaré – dijo el fénix. Tengo información que tenéis que saber y no hay tiempo para decíroslo aquí, además podré ayudaros en el peligro y en el camino.

Todos estaban conformes. Recogieron lo necesario, se prepararon y marcharon. La madre los vio partir y en su idioma susurró.

- Buena suerte fieles guerreros, que la diosa os ayude en esta aventura y que vuestras mentes estén claras del recuerdo.- Con estas palabras el fénix, la salamandra y la elegida dejaron atrás el campamento.

- El demonio vive en el volcán Troys, que está a cinco kilómetros de aquí. Es un demonio del recuerdo. Su reto consistirá en pasar un hecho que hayas vivido del que no consigas acordarte y sea doloroso. No podéis dejar que el recuerdo os invada la mente, porque si lo hacéis acabaréis siendo una parte más de la lava que recubre el pasadizo. Recordad siempre lo que os acabo de decir, y no os dejéis engañar por nada que veáis, – les explicó el fénix.

Fueron andando en dirección norte intentando esquivar las ramas y raíces. La luna les alumbraba el camino, permitiéndoles ver a su alrededor. No hablaban. Sólo se oía el ruido de sus pisadas y el de los animales salvajes.

- La salamandra... No sé por qué pero me suena de algo. Y....un momento, todavía no sé su nombre – pensó Nerea. La miró, dudosa.

- Ehh... Esto... ¿Te has dado cuenta que todavía no sé tu nombre?

- Me llamo Firewind – y sin decir nada más fue volando hasta el fénix, dejando sola a Nerea con sus pensamientos.

- “Todo esto es tan conocido....Tengo tantas dudas que quiero que se resuelvan....”. – Se acercó al fénix y a Firewind e intentó entender de qué hablaban.

- Pero, tú pasarás, ¿verdad? – decía Firewind

- No puedo, lo sabes. Eso es cosa vuestra – respondía una y otra vez el fénix.

- ¿Qué sucede?- no pudo evitar preguntar Nerea. El fénix y Firewind la miraron extrañados, como si hubiese dicho algo increíble - ¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así?-

- Estás hablando... ¡Estás hablando el lenguaje del fuego! ¿No te das cuenta? – Gritó emocionada Firewind.

- Yo... Pero no noto nada distinto. Es como hablar normal.

- Eso es porque has debido de escuchar antes este idioma. Si no, no serías capaz de hablarlo. – Intervino el fénix.

- Pero yo nunca lo he hablado

- Eso es lo que tú crees – el fénix le envió una mirada significativa y siguió el camino. Nerea lo pensó. ¿Qué quería decir el fénix con esas palabras? No tenía ni idea. Pero lo importante era que podía hablar ese idioma, eso era lo importante.

- Y tú, ¿por qué eres capaz de hablar mi idioma? – le preguntó a Firewind

- Bueno, la verdad, no me acuerdo muy bien. Y no me gusta mucho recordarlo. Es que...cuando era más pequeña estuve con los humanos. Mis padres me enviaron allí. Estuve viviendo con una familia que tenía una hija pequeña. Digamos que era su “mascota”. Fue allí donde aprendí tu idioma.-

- ¿Y te acuerdas de algo de la niña?-

- Por más que lo intento no logro recordar nada, es frustrante.- Firewind agachó la cabeza – Hay tantas veces que me encantaría recordar todo...

- A veces recordar no es bueno- comentó bruscamente el fénix- Podrías quedarte en el pasado toda tu vida, olvidándote del presente y viviendo tu vida pasada. Créeme, no lo desees con tanta fuerza. – Firewind y Nerea se extrañaron por lo que acababa de contarles, qué resultaba tan extraño...

Dejaron atrás el bosque y llegaron al pie de una montaña que era un volcán.

- A partir de aquí tenéis que seguir solas, yo no puedo entrar en el volcán. Lo tengo prohibido – dijo el fénix. – Pero os ayudaré un poco más. Hemos perdido el tiempo, así que os ayudaré a subir hasta la cumbre. Por favor no digáis nada y recordad todo lo que os he explicado de la prueba. ¿Os acordáis? – No le dio tiempo a contestar – Bien. Ahora, concentraos y pensad firmemente en llegar a la cima con todas vuestras fuerzas. Al llegar, saltad al interior del volcán, no os pasará nada, he creado un escudo alrededor de vuestro cuerpo que os protegerá de la lava. Y... tened mucho cuidado. ¡Buena suerte chicas, hacedlo lo mejor que podáis! Uno, dos y tres – Nerea sintió una sacudida y vio que el mundo giraba a su alrededor. Todo se volvió negro y de repente se encontró en lo alto del volcán, con la lava a sus pies. Al verla tan cerca se mareó y trastabilló, haciendo perder el equilibrio a Firewind.

- Eh, ¡cuidado! – gritó. Se apoyó en Nerea y observó a su alrededor.- El fénix ha dicho que nos metamos en el volcán, ¡vamos! ¡No tenemos tiempo! Nerea asintió. Se cogieron de las manos y se prepararon para saltar.- ¿Preparada? – preguntó.

- Sí – Cerraron los ojos y dieron un salto, sintiendo cómo caían. Al tocar la lava no notaron nada extraño, ni se quemaron, ni se mojaron. Era como si estuviesen volando.

Firewind señaló hacia el interior del volcán y las dos se zambulleron en la lava, nadando entre un magma rojo y naranja. Cuando llegaron al final encontraron en el suelo un agujero negro que desprendía una luz azulada. Al acercarse a él, Firewind, indicó a Nerea que había que pasar a través del agujero, Nerea intentó preguntarle cómo, pero se dio cuenta de que no podía hablar. Por fortuna Firewind la entendió y para enseñárselo pasó ella primero.

- ¿Dónde estamos? – preguntó Nerea recorriendo con la mirada el lugar donde se encontraban. Todo estaba oscuro, pero se podía apreciar el gran camino de piedra maciza que conducía a una luz.

- No estoy muy segura, pero supongo que debajo del volcán, en unos túneles subterráneos – le respondió Firewind. Echó una mirada hacia la luz y la señaló con la cabeza..

- Está bien. Vayamos hacia la luz.

Un poco temerosas pero decididas las dos amigas recorrieron el túnel. En los últimos pasos se agarraron para darse ánimos, pues quedaba poco para saber lo que les iba a ocurrir.

- Hola chicas – dijo una figura a contraluz. Ni Firewind ni Nerea podían verle con claridad, pero sabían que era el demonio. – Cómo ya se lo que queréis, nos ahorraremos toda clase de diálogos. Solamente os explicaré lo que tenéis que hacer: ahí a lo lejos, veis la entrada a un laberinto de hielo. A la salida está lo que buscáis. Yo en vuestro lugar no tocaría las paredes, digamos que están.... un poco frías - sonrió divertido. – Parece fácil, pero no lo es. Tendréis que encontraros con vuestros más dolorosos recuerdos. Y esa es la prueba más difícil que existe. ¿Estáis seguras de que queréis continuar? Lo más seguro es que no salgáis nunca.

- Correremos ese riesgo – respondieron las dos a la vez.

- Muy bien. Entonces, adelante y buena suerte, la necesitaréis.- hizo una reverencia y se evaporó en el aire, dejando un poco de humo negro.

Las amigas se miraron y asintieron, sabían que tenían que hacerlo. Entraron en el laberinto y se quedaron asombradas por su belleza. Las paredes eran traslúcidas, reflejando millones de colores que iluminaban el camino.

- Muy bien – dijo Firewind – Yo iré delante, tú sígueme. Y recuerda, no hagas caso de lo que veas. Nunca te pares, sólo camina.

- Empezaron a recorrer el laberinto, de repente algo llamó su atención, a su izquierda vio cómo el tono traslúcido de las paredes cambiaban a un amarillo oscuro. Amarillo que conocía muy bien, eran las paredes de su casa. Se acercó a la ventana para echar un vistazo a lo que sucedía. Lo que vio le dejó sin respiración: allí estaba una niña pequeña llorando tirada

en el suelo. Nerea enseguida supo quién era: era ella. Estaba encogida sobre sí misma y no paraba de decir “no”. Alguien abrió la puerta de la habitación: su padre.

- Vamos Nerea, ven conmigo. Tienes que despedirte – le dijo a su hija

- No – contestó la niña entre lágrimas.

- Pero entonces se marchará y nunca la podrás volver a ver ¿Eso es lo que quieres? –

La niña miró a su padre y se levantó – Muy bien, así está mejor.- Le cogió de la mano y le llevó a otra habitación: era el vestíbulo. Había una maleta de viaje que estaba llena, a su lado se encontraba....

- ¡Firewind! Gritó la niña corriendo con los brazos abiertos hacia la salamandra.- ¡No quiero que te vayas, por favor, no lo hagas!

- Tengo que irme Nerea, no me queda otra opción. Lo siento.- le dijo entre lágrimas.- Sólo espero que nunca me olvides y que volvamos a vernos. Por favor, no llores y prométeme que siempre te acordarás de mí

- Lo....lo prometo – dijo con voz ronca. Firewind asintió y con los ojos llenos de lágrimas la abrazó con fuerza y la besó.

- Adiós pequeña – y antes de que la niña pudiera detenerla cogió su maleta y se marchó, dejando a la niña llorando.

Nerea miró cómo se marchaba por el camino. Tenía que seguirla, tenía que saber dónde iba.

“Un momento” se dijo - “No puedo seguirla. Esto sólo es mi recuerdo, si la sigo me perderé en el laberinto. Tengo que encontrar los anillos para las salamandras”. Al pensar con fuerza en encontrar los anillos el hechizo se acabó y se encontró en la puerta del laberinto; delante de ella iba Firewind.

- ¡Firewind! – gritó y se abalanzó sobre ella. – Ahora lo recuerdo. Cuando te marchaste me quedé tan sola que quise olvidarte para que me sintiera más feliz.

- Prometiste recordarme siempre, no has cumplido tu promesa....y empezó a llorar.

- Pero, ¡ahora me acuerdo!. Tú eras mi amiga, casi mi hermana. A partir de ahora siempre estaremos juntas – sonrió – Pero antes tenemos que terminar una cosa. ¡Vamos!.

Salieron del laberinto y llegaron a una habitación redonda, en el centro había una mesa y encima estaban los anillos.

- Cuando yo te diga, cógelos y piensa con todas tus fuerzas llegar a la aldea- dijo Firewind- ¿Preparada? ¡Ya! – Las dos agarraron los anillos y desearon llegar a la aldea con la Madre Morada. El mundo empezó a girar y una gran luz las cegó, haciéndolas perder el

equilibrio. Cuando abrieron los ojos se encontraron al lado de la gran hoguera, donde las esperaban el fénix y la Madre Morada.

- ¡Lo tenemos! – gritaron las dos a la vez - ¡lo hemos conseguido!- La Madre Morada sonrió y las felicitó.

- Sabíais que podíais hacerlo. Teníais la fuerza de la amistad, una amistad que habéis encontrado, una amistad que os mantendrá unidas por siempre jamás.

FIN

IRENE CUMPLIDO MAYORAL

Premio Infantil III Certamen de cuentos Villa de Cárcar